

LA NARRATIVA DE RAFAEL AREVALO MARTINEZ : EL AUTOR FRENTE A SU OBRA

Las bases de la vitalidad y la originalidad de la narrativa hispanoamericana actual pueden encontrarse en la dinámica renovación iniciada por el modernismo¹. Los sólidos triunfos internacionales conseguidos por los modernistas facilitaron la tarea de los escritores hispanoamericanos de las generaciones siguientes, al proporcionarles la confianza necesaria para romper con la estrecha visión regionalista, consistentemente aplaudida y fomentada hasta entonces por la crítica local y cultivada obedientemente por la mayor parte de los narradores del nuevo mundo. El modernismo liberó al escritor permitiéndole explorar nuevas avenidas y expresar sus hallazgos en un estilo renovador y sorprendente. A pesar del triunfo obtenido en los esfuerzos iniciales, el período de transición a la nueva literatura fue largo y accidentado, ya que para romper los amarres con la tradición decimonónica, se necesitó la aportación de aquellos escritores que a lo largo de varias décadas se atrevieron a luchar abiertamente contra la incomprensión del medio y de la crítica.

El escritor guatemalteco Rafael Arévalo Martínez es una de las figuras más importantes en esta renovación, porque aportó a la narrativa hispanoamericana técnicas, temas y corrientes esenciales en el desarrollo de la literatura contemporánea. Su obra maestra, el genial cuento «El hombre que parecía un caballo» (1915) fue celebrado en ciertos sectores críticos por su gran originalidad desde el momento mismo de su publicación. Por falta de un término más adecuado se le llamó cuento «psicozoológico». Hoy ha sido reconocido como una obra maestra, un precursor de la literatura del absurdo, y como tal continúa siendo objeto de detallados estudios². El interés en la lite-

1. Entendemos el modernismo como un amplio y profundo movimiento libertador y renovador, concepto que han defendido entre otros Federico de Onís, Ramón Jiménez, Ricardo Gullón e Ivan Schulmann.

2. Véase, *Juicios sobre Rafael Arévalo Martínez y lista de sus obras, 1909-Febrero-1959*, Guatemala: Editorial del ministerio de Educación Pública, 1959; Graciela Palau de Nemes, «Literature of the Absurd», *Americas*, XVIII, 2 de febrero de 1965, p. 6-10; y Chris Lee Dubs, «Characterization in the Prose Fiction of Rafael Arévalo Martínez», Tesis doctoral, Universidad de Kentucky, U.S.A., 1972.

ratura hispánica por este relato ha sido compartido por el propio autor, que ha examinado ésta y otras obras suyas desde varios puntos de vista, en una búsqueda insistente que le permita explicarse y explicarnos la motivación del proceso creador. Para Arévalo Martínez la búsqueda se convierte en obsesión, tal vez debido al hecho de que entre las narraciones «psicozoológicas», que en su mayor parte son obras de juventud, la mejor es la primera³.

Lo que más ha llamado la atención de la crítica en «El hombre que parecía un caballo» ha sido el brillante desdoblamiento mágico-maravilloso de la personalidad del protagonista, el señor de Aretal. Hay dos interpretaciones sobre el significado de esta dualidad. Un grupo ve en el señor de Aretal a un personaje bajo el que se oculta el poeta colombiano Ricardo Arenales⁴, y cuyo extraño comportamiento en la narración, apunta hacia una posible relación homosexual en la vida real, entre el narrador (el autor) y el protagonista. Para el otro grupo, sin embargo, se trata de un caso del desdoblamiento de la personalidad del narrador, identificado con el autor; esta interpretación apunta hacia los dos niveles del ser humano: su animalidad y su espiritualidad.

El primero en reconocer la identidad del señor de Aretal, y en popularizar la interpretación de la relación homosexual, fue el modelo, Ricardo Arenales. Por lo visto, el poeta colombiano supo que él era el protagonista aún antes que el propio autor, ya que, según Teresa Arévalo, al componer el cuento su padre, «no se dio cuenta de que su personaje principal era la pintura de Ricardo Arenales» (T. Arévalo, p. 269). La misma autora relata más adelante cómo le fue hecha la revelación: al leer su padre la obrita al amigo, «Arenales sufrió una inmensa conmoción. Se levantó de su asiento como presa de una crisis nerviosa. Se paseó por la alcoba y mientras tanto le hizo [a Arévalo Martínez] la brutal confesión de todos sus vicios» (T. Arévalo, p. 269-270), explicándole al mismo tiempo que la obra no se podría publicar nunca porque el hacerlo, lo «llenaría de ignominia⁵». De acuerdo con esta versión, don Rafael verdaderamente no conoció

3. El autor a veces parece querer justificarse por no haber producido en su madurez la obra maestra que era de esperar del joven autor de «El hombre que parecía un caballo». En un artículo titulado «El derecho a la decadencia» dice: «Yo he sentido muchas veces la necesidad de hacer mi obra de arte, aunque sabía muy bien que ya no superaría aquel trabajo anterior que marcó, con su jalón más elevado, el término de mi ascensión, y desde el cual me fué forzoso empezar a descender; y que por mis libros ya no puedo esperar compensación ninguna inmediata, ni en dinero ni en fama» *Boletín de la Biblioteca Nacional de Guatemala*, n. 10, agosto 1934, p. 241.

4. También conocido por su nombre verdadero, Miguel Angel Osorio, y los pseudónimos Maín Ximénez y Porfirio Barba-Jacob. Ver: Teresa Arévalo, *Rafael Arévalo Martínez de 1884 hasta 1926*, Guatemala, C.A.: Tip. Nacional, 1971, p. 255.

5. A pesar de la violenta oposición de Arenales a la publicación del cuento «...se apresuró a proclamar que él era el protagonista en todos aquellos países a donde llegó...» (T. Arévalo, p. 280).

hasta ese momento la homosexualidad de su amigo. Sin embargo, el énfasis en la posibilidad de una relación homosexual entre el narrador y el señor de Aretal, ha persistido entre la crítica y ha hallado su más apasionado defensor en Raymond Albert Moody, quien sostiene que en el protagonista «...ostentation and homosexuality are the most obvious personality characteristics and they point toward an intense egocentricity, which blocks out the possibility of more normal human behavior and relationships⁶».

La segunda interpretación, es decir, la que ve en el señor de Aretal, no a un personaje independiente sino otro aspecto de la personalidad del propio Arévalo Martínez, en su papel de narrador, también fue apuntada por la crítica desde muy temprano. Teresa Arévalo cita al escritor guatemalteco Carlos Wyld Ospina, quien a los pocos días de publicado el cuento escribió que el autor, «...al reflejar los movimientos visibles o interiores del hombre que parecía un caballo no había hecho más que expresarse así [sic] mismo: con sus altitudes y pequeñeces espirituales, sus crueles genialidades de maníaco; ¡una desnudez más de su espíritu que no conocía el pudor!» (T. Arévalo, p. 281). Esta opinión es compartida por otros críticos y desarrollada por Daniel R. Reedy, quien está convencido que «...el señor de Aretal y el Narrador son en realidad un solo hombre con Aretal en el papel de una representación de la parte inferior o subconsciente de la psiquis del Narrador. Representa Aretal la parte más baja, instintiva y animal del hombre, mientras el Narrador es la parte superior de la psiquis — la parte moral, culta, noble⁷».

Vista la divergencia de opinión entre los críticos sobre el significado de la obra, es interesante contrastarla con la interpretación del propio autor. Don Rafael ha expresado sus sentimientos sobre «El hombre que parecía un caballo» por diversos medios: 1) en alusiones indirectas en su narrativa; 2) en declaraciones directas a su hija Teresa⁸ y al crítico Joseph Anthony Lonteen; y 3) en alusiones directas en su prosa, especialmente en el pequeño ensayo intitulado «Porfirio Barba-Jacob⁹». Este último es un valiosísimo documento para comprender la actitud de Arévalo Martínez frente a su obra, puesto que explica en él tanto el proceso de creación y de composición como el significado, aclarando y a veces contradiciendo detalles ya señalados por él y por la crítica.

6. Raymond Albert Moody, «The Life and Prose Style of Rafael Arévalo Martínez», Tesis doctoral, U.C.L.A. USA, 1967, p. 359.

7. Daniel R. Reedy, «La dualidad del 'yo' en 'El hombre que parecía un caballo», *El ensayo y la crítica en Iberoamérica*, Memoria del XIV Congreso Internacional de Literatura Iberoamericana, Toronto, Canadá, 1970, p. 168.

8. Publicadas en las biografías sobre su padre.

9. «Porfirio Barba-Jacob», *4 contactos con lo sobrenatural y otros relatos*, Guatemala, C.A.: Editorial Landívar, 1971, p. 55-58.

Al discutir el significado del cuento Arévalo Martínez sostiene que no es necesario conocer la identidad del señor de Aretal para comprender la esencia de la obra. Arévalo ha admitido anteriormente y en este ensayo lo reitera, que si basó su protagonista en Ricardo Arenales, lo hizo de manera inconsciente y que no se dio cuenta del parecido hasta serle revelado por su amigo, además, en una carta abierta a Barba-Jacob ha dicho: «Yo afirmo enfáticamente que ningún hombre tiene derecho a creerse retratado en una obra de arte, y de que es una vanidad pueril la suya al afirmar que el señor de Aretal y Ricardo Arenales son la misma persona. Lo que el artista aprehende del mundo sensible de los hombres o de las cosas le sirve sólo como al velívolo la tierra: de punto de apoyo para remontar el vuelo¹⁰.»

Según Arévalo Martínez el verdadero significado de «El hombre que parecía un caballo» no ha sido señalado, y mucho menos explicado por la crítica, a pesar de hallarse claramente expresado en dos pasajes claves del cuento. Don Rafael aclara que escribió la obra «...en bien raras circunstancias»:

Vino a mí en dos partes, como el flujo de una corriente eléctrica, que incendió mi espíritu, y a la que, de pronto, puso fin una mano desconocida, moviendo un conmutador divino y dejándome en la obscuridad; mano que, quince días después, volvió a concederme la gracia de la corriente eléctrica, hasta terminar la letra de un mensaje puro, encendido, misterioso (4 contactos, p. 57.)

De estas palabras se deduce que el autor lo escribió en una especie de trance y por lo tanto, con respecto a la composición, nunca ha acertado a explicar cómo aconteció. Ahora bien, de lo que sí afirma haber estado siempre seguro es del significado expresado en los dos pasajes mencionados anteriormente. En el primero de estos dos párrafos se dice:

— Este es el hombre que esperabas; éste es el hombre por el que te asomabas a todas las almas desconocidas, porque ya tu intuición te había afirmado que un día serías enriquecido por el advenimiento de un ser único. La avidez con que tomaste, percibiste y arrojaste tantas almas que se hicieron desear y defraudar tu esperanza, hoy será ampliamente satisfecha: inclínate y bebe de esta agua.

Según Arévalo Martínez el significado de este párrafo es obvio, para él, «El advenimiento de este ser único no puede ser más que el advenimiento de Dios».

10. Citado por Joseph Anthony Lonteen en *Interpretación de una amistad intelectual y su producto literario: El hombre que parecía un caballo*, Guatemala, C.A.: Editorial Landívar, 1969, p. 71.

En el segundo pasaje se expresa lo siguiente: «Además, el alma del señor Aretal ya no era azul como la mía. Era roja y chata como la del compañero que nos esperaba. ¡Entonces comprendí que lo que yo había amado en el señor de Aretal era mi propio azul!» Palabras que para su autor equivalen «a la afirmación de que el Ser Supremo se encuentra en lo más profundo e íntimo de todo ser humano» (4 *contactos*, p. 56-57).

Es decir, para Arévalo Martínez, el anuncio de la venida de un ser único y el descubrimiento de que ese ser ya residía en lo más profundo de sí, constituyen lo primordial, la esencia, de su relato. El autor, al expresar esta opinión, cambia radicalmente el énfasis interpretativo sostenido por la crítica y enfoca la discusión hacia lo que él considera los temas esenciales de su obra y, por lo tanto, hacia su verdadero valor dentro del desarrollo de la narrativa hispanoamericana. Para su autor «El hombre que parecía un caballo» no trata de la personalidad decadente del señor de Aretal y de sus relaciones más o menos íntimas con el narrador. El argumento tan sólo sirve de marco al tema del conocimiento de sí mismo.

Sus palabras son sumamente reveladoras ya que la búsqueda de un ser único, es decir Dios, y el conocimiento de que ese Ser está en cada uno de nosotros son temas líricos que Arévalo Martínez comparte con otros escritores modernistas de vena neo-mística, recordemos, por ejemplo, los siguientes versos del poema «Soy animal de fondo» de Juan Ramón Jiménez:

Pero tú, dios, también estás en este fondo

 que es el fondo sagrado de mí mismo
 Y en este pozo estabas antes tú
 con la flor, con la golondrina, el toro
 y el agua¹¹...

La búsqueda de sí mismo, tema fundamentalmente lírico, forma la base misma del concepto arevaliano de la literatura y del papel del escritor: al hablar de la poesía, don Rafael ha indicado que el poeta siempre «...está tratando de mostrar a su Dios interno [aunque] a veces sólo deje en sus poemas una sugestión hacia lo alto¹²» y en otro lugar, refiriéndose a la narrativa, dice que todos «... los escritores no escriben más que un libro en el que solo figura un único personaje, que es siempre el autor¹³». Estos

11. Juan Ramón Jiménez, *Tercera antología poética*, Madrid: Editorial Biblioteca Nueva, 1957, p. 1014.

12. Rafael Arévalo Martínez, «Poesía pura», *Boletín de Museos y Bibliotecas*, año 2, n. 1, abril 1942, p. 16.

13. Rafael Arévalo Martínez, «La cajita», *El señor Monitot*, Guatemala: Sánchez y De Guise, 1922, p. 173.

conceptos de don Rafael aclaran el fuerte enfoque autobiográfico de su narrativa y hacen resaltar el hecho de que la aportación definitiva de este autor a la literatura contemporánea es precisamente el haber sabido dar expresión novelística a la subjetiva visión de su mundo interior¹⁴. Es decir, debido al enfoque subjetivo de sus composiciones Arévalo Martínez logra trasplantar con éxito a la narrativa, lo que hasta ese momento había sido tema primordial de la poesía: la búsqueda y el conocimiento de sí mismo. Esta conquista literaria representa un paso decisivo en el desarrollo de la literatura hispanoamericana. A partir de la obra de Arévalo Martínez surge la posibilidad de cambiar el enfoque del cuento y la novela de la presentación de un mundo externo, descrito por medio de técnicas más o menos realistas, a la pintura de un mundo interno, presentado con técnicas subjetivas más propias de la lírica. El cambio de enfoque prepara y facilita el camino de los narradores hispanoamericanos contemporáneos, quienes interpretan la realidad americana a través del mundo interior de sus narradores-protagonistas, así sucede, por ejemplo, en la obra de Carpentier, Rulfo, Cortázar o García Márquez. Cada uno de ellos representa la evolución lógica de las corrientes iniciadas a principios de siglo, y en todos ellos resaltan distintos aspectos del subjetivismo lírico tan magistralmente adaptado a la narrativa moderna por Rafael Arévalo Martínez.

MARIA A. SALGADO
Universidad de Carolina

14. El autor ha declarado que la autobiografía le parece «...en su forma más pura y definida, el más interesante de los géneros literarios», en «La trágica figura de Oscar Wilde, *Boletín de la Biblioteca Nacional de Guatemala*, n. 14, agosto 1935, p. 599.